

no se quiere entender, es apropiado para despeñarse por la pendiente de las malas artes.

En el caso del Ing. don Francisco Bulnes, hombre talentoso, que no conforme con la fama de que disfrutaba en los medios políticos y literarios, entraba, sin ser llamado, al ámbito de la historia, y lo hizo con pie cojo; pero logró lo que buscaba, que la prensa se ocupara de él durante largo tiempo por su libro ya mencionado, *El Verdadero Juárez*.

Tal vez en su fuero interno trataba de halagar al general Porfirio Díaz, cuya figura, con ser grande, se achicaba frente a la de Juárez, que adquiría más y más personalidad a medida que el tiempo pasaba. No advertía Bulnes, desde su butaca de la Cámara de Diputados, allá por 1904, que la glorificación de Juárez, al cumplir cien años de su natalicio, la venía preparando precisamente el general Díaz tal vez como desagravio a los ataques verbales y de hecho, con las armas en la mano, que le había ocasionado en su afán incontenible de llegar a la Presidencia de la República.

Este episodio provocado por Bulnes lo cerramos, pues la respuesta la tuvo a la medida, de verdaderos historiadores, como don Carlos Pereyra.

Dejemos en San Luis Potosí a don Benito Juárez y a su Gobierno reducido al mínimo de personal para allegar algunos datos más al complejo problema de la defensa de Puebla y de la ciudad de México. Se trata de datos de primera mano pues copiaré algunos párrafos de las cartas que por esos tiempos llevaron propios a lomo de caballo.

Retrocediendo un poco en el tiempo vale la pena dar a conocer algunos párrafos de las cartas cambiadas entre Comonfort y Vidaurri las que ilustran mucho en esta contienda, pues constituyen documentos de gran valor histórico puesto que se refieren a los acontecimientos que estaban sucediendo, en los que ambos eran actores en forma prominente, además de que, tratándose de comunicaciones personales, lo que en ellas se dice es producto de la impresión espontánea, que no está sujeta a las normas oficiales de carácter público.

Por ejemplo, en carta amplia que envía Comonfort desde la capital el 3 de enero de 1863, después de condolerse de la situación que priva en Tamaulipas y en Nuevo León expresa: "Yo me desvívo por poner a esta Capital en estado de hacer una defensa digna de la Nación; pero tropiezo a cada paso con el invencible obstáculo de la horrorosa miseria que por todas partes nos persigue. En fuerza de afanes y del más arduo trabajo logro mantener bien que mal las Divisiones de este Cuerpo de Ejército: pero esta lucha continua que no me deja tiempo para dormir ni para comer ha aniquilado mi salud. Desde hace días he vuelto a padecer los efectos de las enfermedades que adquirí en la carta y esta circunstancia que se presenta

en los momentos que requieren por mi parte la mayor actividad, me tiene sumamente mortificado.

"Las fuerzas del Estado siguen bien y animadas para la campaña que estamos próximos a emprender: pero mi ansiedad es extrema al considerar las escaseces que sufren, y que me esfuerzo en aliviar todo lo que me es dable.

"En fin el momento decisivo se acerca y yo muy pronto saldré con la División de reserva, compuesta en su mayor parte de las fuerzas de Nuevo León, para ponerme en el caso de ayudar en lo posible, las operaciones del Ejército de Oriente. Por la reseña que se le manda verá Ud. las posiciones que están ocupando los franceses quienes ya han emprendido su movimiento sobre Puebla, suponiéndose que en todo el curso de este mes atacarán a la Plaza.

"Mis hijas, gracias a Dios, siguen buenas según me escriben y debiendo a usted como siempre, las más finas atenciones."

Queda así, sobriamente, pintada la situación por Comonfort. Poco puede esperarse de quienes están obligados a defender el suelo mexicano. Sin embargo, en conocimiento de que van al sacrificio, no escatiman esfuerzos y hacen frente a la situación arriesgándolo todo.

Por su parte, Vidaurri habla de calamidades, de escasez de elementos para la guerra, de la inutilidad de su propósito de enviar a México 4 cañones de que carece, y en fin, principia un regateo sospechoso sobre sus planes futuros.

En otra carta de Comonfort, fechada el 21 del mismo mes de enero hace una minuciosa relación a Vidaurri de cuanto está sucediendo, en especial de la situación que guardan los contingentes de Nuevo León: Rifleros de Nuevo León, 3er. Regimiento de Parras, Lanceros de Monterrey, Rifleros de Infantería, mandados el primero por el coronel Quiroga; el segundo por el coronel Piñón; el tercero por el coronel Gorostieta; quedando los tres cuerpos al mando del coronel Quiroga.

Se explica esta predilección de Comonfort por Quiroga, pues se siente muy obligado con Vidaurri por el empeño, que llegó a la terquedad, para que Juárez olvidara su defección de la causa liberal al desconocer, siendo Presidente de la República, la Constitución. Además sus hijas, desde que llegó a Monterrey, estaban al cuidado de Vidaurri quien las atendía con esmeros y "puede Ud. confiar —le decía— en el fraternal cariño que les profeso y en la estimación a que son acreedoras por sus buenas prendas. Viva Ud., pues, tranquilo respecto a ellas y descanse en mis ofrecimientos." Y termina Vidaurri su carta con estas expresiones: "Sabe Ud. cuánto lo ama este amigo, hermano y servidor."

No había exageración en las palabras de Vidaurri si nos atenemos a la protección sin límites que proporcionó a Comonfort y a su familia cuando lo recibió y atendió en Monterrey al regresar del destierro. Siguiendo a esto una serie de correspondencia con Juárez ante su exigencia para que lo aprehendiera y remitiera a México para procesarlo por su defección. Durante esta controversia, que llegó a momentos de encono logró Vidaurri la autorización tácita de Juárez para que continuara en el país, y a poco caminar lo incorporó al Ejército Republicano, distinguiéndolo con los más altos puestos, como el Jefe del Cuerpo del Ejército del Centro y Ministro de la Guerra.

La correspondencia entre Vidaurri, Juárez y Comonfort es continua. Los tópicos principales en esos momentos se relacionan con la guerra en contra de las fuerzas francesas. Vidaurri en varias ocasiones se lamenta de no poder complacer al señor Presidente, que desea se le remitan cuatro cañones que debían traerse desde Tampico, que al fin llegan a Monterrey, en "desastrosas condiciones", agregando que "Jamás me he visto tan afligido como ahora, ni tan temeroso de que se atribuya a abandono, disimulo o se me haga cualquier otro cargo inmerecido y lo único que me tranquiliza es que he estado dando continuos y repetidos partes de cuanto ha ocurrido en este desgraciado negocio, en el que se han estrellado mi paciencia, mi constancia y el decidido empeño por situar en esa la artillería de Tampico; que con razón quería yo que se transportara toda aunque fuera a Ciudad Victoria. Suplico a Ud. hable sobre este particular, con el Sr. Juárez; y persuádalo de mi adhesión y de mis afanes; pues este asunto me causa repetidos insomnios."

Por su parte, Comonfort le informa de todos sus movimientos encaminados a detener el avance de los franceses en Puebla, y le dice que debe estar tranquilo por lo de los cañones, "pero hay además —agrega— la circunstancia de que el señor Presidente hace a Usted la justicia que merece y lejos de acusarlo está satisfecho de su conducta eficaz y patriótica. Así me lo ha manifestado hace pocos días, cuando con motivo de su venida a Puebla, le hablé sobre el particular".

Hasta esos momentos Vidaurri se mostraba adicto a la República. Seguía con marcado interés el encuentro de los dos ejércitos en Puebla. ¿Qué pensaba sobre el resultado?, ¿cuál sería su reacción? Antes de ello, casi en vísperas de iniciarse el sitio, decía: "Satisfactorio es el brillante estado que guardan nuestras fuerzas defensoras de la independencia nacional, y aliento la halagüeña esperanza de que se cubrirán de gloria salvando la nacionalidad."

Con fecha 17 de mayo, precisamente el mismo día en que el general González Ortega rendía Puebla al general Forey, escribe el general Comonfort a Vi-

daurri muy extensa carta. Por supuesto que no se habían recibido noticias en México de este lamentable acontecimiento, por eso no hace referencia de él.

Menciona el descalabro que sufrió al pretender introducir un convoy de víveres a Puebla, cumpliendo disposiciones del Secretario de la Guerra. "Esta orden —dice— equivalía lisa y llanamente a encomendarme derrotase yo con ocho mil hombres y en campo raso, al ejército invasor, desalojándolo de sus posiciones retrincheradas y rompiendo a viva fuerza el sitio de la plaza. Estas observaciones así como las consecuencias trascendentales que debían seguirse las hice presentes repetidas veces al Ministro de la Guerra, procurando hacer comprender lo aventurado de una empresa que con tan poco fundamento se suponía realizable... Mas fue inútil y las órdenes terminantes que recibí en contestación fueron de cumplir a todo trance lo dispuesto."

Agrega sobre este asunto, de suma importancia para la guerra y para su prestigio militar, que tomó todas las precauciones del caso para cumplir las órdenes recibidas; pero en sobre cerrado dejó constancia de sus observaciones a efecto de justificar su actitud. "Marché, pues —expresa—, condenado como antimilitar, a todas luces, a cumplir la referida expedición, y lo que es peor aún, teniendo el sentimiento de oír la también condenar por la mayor parte de los jefes que iban a mis órdenes; tal es a veces la triste situación del soldado sumiso y obediente."

Surge una interrogación: ¿Por qué Comonfort informa de manera tan amplia a Vidaurri? La contestación es obvia: porque se sentía obligado con el amigo que había arriesgado su posición frente a Juárez en los momentos más difíciles de su vida. Creía que era cuestión de conciencia que su amigo supiese que en ningún momento lo había defraudado y que era fiel y seguía siéndolo de la República encarnada en Benito Juárez.

Para quienes, como Bulnes, achacan la derrota de Comonfort a su impericia, hubieran cambiado de opinión al conocer el fondo real de la cuestión y admirarían a Comonfort al enterarse de estos pormenores: "Lo único que le haré presente es: que rechazada la primera División y en dispersión parte de la 2da., la Providencia, obrando un milagro en favor de la causa santa de México, me permitió evitar un desbandamiento general en los momentos que parecía iba a realizarse: formé en seguida y bajo los fueros de los franceses una segunda línea de batalla que detuvo a aquéllos cuando esperaban coronar su triunfo con la destrucción de todo el Ejército del Centro."

La relación toca los puntos de mayor importancia. Para Comonfort aquella desafortunada intervención le había producido un efecto terrible en su dignidad de soldado, pero sin quebrantar su decisión de continuar en las

filas republicanas, aceptando de buena gana cualquier sacrificio, y así lo comunica con toda sencillez. "En vista de esto y en obsequio del mismo Gobierno, cuya acción en beneficio de la defensa nacional deseo facilitar por todos los medios que estén a mi alcance y haciendo todo género de sacrificios he creído deber renunciar al mando del Ejército del Centro para que se llene ese vacío de manera que el nuevo Jefe encuentre entre sus subordinados la homogeneidad y armonía que yo no encuentro.

"El Gobierno ha nombrado para ese puesto al Gral. Don Juan José de la Garza."

Por supuesto que le rinde un especial informe de las fuerzas de Nuevo León, con mención obligada del coronel Julián Quiroga. Y concluye su carta con este renglón que encierra su estado de ánimo: "Mi conciencia está tranquila, aunque lacerado mi corazón."

Dejamos en este punto lo relativo a la correspondencia entre Comonfort y Vidaurri, la que pone en claro lo que sucedió con el Ejército del Centro, enviado al mando de Comonfort, con el fin de ayudar al general González Ortega, que se encontraba encerrado en Puebla, en virtud del cerco que había ejecutado Forey con más de 36 mil franceses.

De lo que transcribí se puede advertir la lealtad de Comonfort a Juárez, y la íntima amistad y cariño que le profesaba a Vidaurri. Pero tiempo es ya de que nos incorporemos a Juárez en San Luis Potosí, en donde lo dejamos instalado.

Al renunciar el general Doblado como Secretario de la Guerra, por su preocupación de su Estado, a donde se va para preparar a su gente, a efecto de hacerle frente a los franceses, don Benito Juárez designa en su lugar al general Comonfort, quien acepta el puesto a pesar de sus enfermedades reumáticas, que a veces lo incapacitan para caminar; pero aduce que antes que su salud esté la Patria.

El día 12 de noviembre de 1863, poco después de hacerse cargo de la Secretaría de Guerra, sale con destino a Querétaro con el fin de inspeccionar las fuerzas al mando del general Negrete. En Chamacuero cae en una emboscada que le tiende el guerrillero Sebastián Aguirre resultando muerto. La pequeña escolta que lo acompaña es aniquilada. Termina así la vida de un hombre pundonoroso, honesto y valiente, cuya bondad lo llevó a cometer faltas graves.

Quedan en San Luis el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, don Guillermo Prieto y don José Ma. Iglesias, este último Ministro de Hacienda.

Iglesias era un escritor de alta categoría por su cultura y su firme apego a las ideas de libertad e independencia, fundamentales de la doctrina liberal.

En abril de 1862 principió a escribir sus impresiones sobre los acontecimientos desarrollados en México, que reunidos en un volumen titulado *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México*, constituyen un legado histórico de incalculable mérito.

De este libro copiaré algunas menciones muy interesantes sobre la rendición de Puebla. Tienen el mérito de tratarse de descripciones sobre hechos recientes captados por el escritor, con la fidelidad que se desprende de las versiones de numerosos testigos presenciales, de participantes, y de documentos fehacientes. Es así como se advierte de su lectura el sabor de la verdad y de la justicia.

Expresa el licenciado Iglesias:

"La ínclita decisión de los defensores de Zaragoza, llenará de asombro al mundo, así por su sublimidad, como por tratarse de un hecho inaudito en los anales militares. La defensa de la plaza había sido ya demasiado heroica, para que sin mengua del decoro se aceptaran las condiciones de práctica universal en casos semejantes. En el sitio, de duración igual al segundo de la Zaragoza situada a los márgenes del Ebro, habían abundado hazañas merecedoras de eterna remembranza. Cuando está ya a salvo el honor militar, se busca en una capitulación honrosa la concesión de garantías personales para una guarnición obligada a rendirse. Estaba reservado a los soldados mexicanos, después de haberse batido con heroicidad, dar el insigne ejemplo de una abnegación patriótica que les hizo olvidarse de sí mismos, para que fuera menos fructuoso el accidental triunfo del enemigo extranjero.

La caída de Puebla, corona espléndida de un triunfo memorable, será en la historia de México una página escrita con diamantes.

"La ciudad altiva, ocupada, pero no tomada; rendida, pero no vencida, vio entrar por sus calles a los soldados del emperador, en unión de los traidores, que fueron apedreados sin que lo impidieran sus aliados, de quienes son vistos con merecido desprecio...

"Los generales presentes hicieron constar por escrito su renuncia a firmar, tanto por prohibirles las leyes de la guerra aceptar compromisos que menoscabaran la dignidad del honor militar, como por prohibírsele también sus conciencias y opiniones particulares...

"Irritado sin duda de tanta firmeza el general enemigo, tomó entonces la determinación de sacar a los recalcitrantes rumbo a Orizaba y Veracruz.

¿Qué se propone hacer con ellos? Si en virtud de la resistencia que han mostrado, piensa conservarlos en prisión segura, para que no vuelvan a empuñar las armas en su contra, como han protestado hacerlo, está en su derecho ciertamente. Pero si va a mandarlos a la Martinica, según se ha anunciado ya, cometerá un acto de barbarie...

“La falta de compromisos por parte de los prisioneros de Zaragoza, los ha puesto en aptitud de escaparse, para seguir restando sus importantes servicios en la presente guerra de independencia. Así lo han efectuado ya muchos de los jefes y oficiales y aun algunos de los generales, habiendo llegado de éstos a la capital los C. C. Berriozábal, Díaz, Negrete y Régules.”

La interesante relación que hace el licenciado Iglesias corresponde a las noticias de los mismos jefes y oficiales que lograron evadirse durante los últimos días del mismo mes de mayo. A este particular menciona que: “De los oficiales que han recuperado la libertad, unos ochenta la lograron en la hacienda de los Alamos, salidos ya de Puebla, echándose sobre la fuerza que los custodiaba. En este acto de arrojo perecieron dos o tres de ellos...”

“Los generales han salido en coche. La opinión más generalizada es que se les conducirá a Francia hasta la conclusión de la guerra.”

Interrumpiendo la viva descripción del licenciado Iglesias, cabe hacer algunas pertinentes consideraciones: El general Forey quedó tan profundamente impresionado con el desenlace del sitio de Puebla, y con la actitud digna y patriótica de los generales, jefes y oficiales, a pesar de su cautiverio, que cabe pensar en que su actitud de rudeza era simplemente de forma y no de fondo.

En efecto así lo hace entender el hecho de que los prisioneros de alta jerarquía se evadieran en número importante y unos cuantos días después de la rendición de la plaza. Hay que tener en cuenta, para formular un juicio más o menos exacto, que Forey empleó recursos amables para granjearse la amistad o cuando menos la buena voluntad de los prisioneros, agasajándolos primero con vino, y a la hora de salir de Puebla rumbo a Veracruz, con algo de dinero, que altivamente rehusaron aceptar.

Es de pensarse que Forey sintiera contrariedad y disgusto por aquella actitud tan radical, cuando les brindaba la oportunidad de suavizar las molestias del cautiverio. En consecuencia es indicado que hubiese tomado todas las providencias del caso para la seguridad de los prisioneros, y de acuerdo con los hechos no sucedió así.

Cabe, ante tal situación, escoger entre estas dos proposiciones: Forey, como militar, era un pobre diablo, o Forey, antes que militar, era sensible a los hechos heroicos.

En mi concepto, todo hace suponer que la contextura espiritual de aquel

experimentado militar encaja en el segundo presupuesto. De otra manera, habría que colocarlo en la categoría de un recluta.

Terminada esta disquisición seguiré presentando los comentarios del licenciado Iglesias, que en mi concepto contienen una gran dosis de conocimientos que podemos llamar de primera mano, sobre la caída de Puebla.

Escribe Iglesias en su diario en el mes de junio —1863—: “El inesperado desenlace del sitio de la moderna Zaragoza, así como otros motivos muy importantes, no permitieron que se hiciese efectivo el proyecto de defender a México con todo el empeño deseado. Ni las fortificaciones estaban todavía concluidas, ni se contaba con el número de piezas de artillería necesario para la extensa área en que debían colocarse, ni la fuerza armada era la competente para la magnitud de la empresa, ni se había hecho el acopio de víveres indispensables para evitar la repetición del triste acontecimiento que había hecho sucumbir, a pesar de su heroísmo y de sus proezas, al inmortal ejército de Oriente...”

“También habría sido una locura imperdonable hacer inevitable la pérdida de los poderosos elementos de guerra que a su disposición tenía el supremo gobierno, y que si bien eran insuficientes para la defensa de la capital de la república, tenían en cambio un valor inmenso, reservados para la continuación de la campaña...”

“Publicóse, pues, un decreto en que, declarándose a San Luis Potosí capital interina de la República, se acordaba la traslación a ella de los supremos poderes...”

Se emprendió la marcha sin precipitaciones, sin temores y sí con un gran espíritu combativo. Las penalidades del viaje se compensaban con la actitud del pueblo en general. “Su marcha —escribe Iglesias— hasta San Luis fue una ovación no interrumpida, en que autoridades, fuerzas armadas, particulares y pueblo, se esmeraron en tributarle las más inequívocas demostraciones de aprecio y respeto. Adornos de casas, iluminaciones, músicas, cohetes, salvas, banquetes, discursos, cuantos testimonios de afecto son imaginables, producidos con profusión en el tránsito por los cuatro Estados: México, Querétaro, Guanajuato y San Luis.

Entre los escritores mexicanos de fines del siglo pasado y un tercio del actual, se destaca, entre los más famosos, don Victoriano Salado Alvarez, injusta y lamentablemente olvidado o casi olvidado.

Nació en el pueblo de Teocaltiche, Jalisco, en 1867 y murió en México en 1931, cuando había cumplido 64 años de edad. Su producción literaria fue muy abundante. Escribió varios libros filosóficos, históricos y literarios

y millares de artículos en revistas y periódicos. Ocupó puestos oficiales de importancia, como Subsecretario de Relaciones Exteriores, Diputado y Senador del Congreso de la Unión, y Embajador en varios países.

Vayan estos datos como presentación de una positiva autoridad en materia histórica y literaria a efecto de que se dé la categoría que corresponde a lo que transcribiré sobre el general González Ortega, de su famosa obra *Episodios Nacionales* comprendida en 14 volúmenes, referentes a los más destacados sucesos históricos de México, acaecidos de 1851 a 1867. Queda, pues, comprendida la etapa de la Intervención Francesa.

Siguiendo Salado Alvarez el estilo de Pérez Galdós, en sus *Episodios Nacionales*, presenta con maestría la historia novelada en forma amena, atractiva, sin apartarse de la verdad, de la participación del general Jesús González Ortega en el sitio de Puebla.

Pero, a guisa de presentación de este gran general, procede hacer un lugar distinguido a la sal y la pimienta con que adereza don Victoriano sus sabrosos relatos. Vayan como prueba los recuerdos que le adjudica al personaje que teje y desteje la malla de los sucesos. Dice:

“El 20 de diciembre llegamos a Arroyo Zarco (1860) y supimos que desde tres días antes estaba allí el Cuartel General. Mi primer deseo fue ocurrir a saludar a González Ortega, a quien quizá he dicho ya que conocí en sus tiempos de estudiante, pues apenas había entre nosotros unos cuantos años de diferencia. La recepción que me hizo el famoso “curro” fue tan cordial y cariñosa como si el día anterior hubiera dejado de embozarse en el menguado barragancillo con que le había conocido y que él terciaba con aire de caballero de las Cortes de los Felipes; pero habían pasado tantas cosas que ganas me daban de negar la identidad entre aquel general que simbolizaba las esperanzas de nuestro partido y el muchachuelo tracista, maleante, que había conocido en las aulas.

“¡Y vaya si era maleante y tracista el gran soldado! Una vez...

“Pero procedamos por orden, que quizá exprimiendo la memoria logre decir de González Ortega algo que no ande en los manualitos de Historia ni en las biografías oficiales.

“Jesús González Ortega había nacido en una hacienda llamada San Mateo Valparaíso, propiedad de los condes de este título y después de los marqueses de Jaral de Berrio. Resultó el chico avispadillo y modosito, y su padre, don Laureano, se propuso darle educación científica. Ya se sabe; en aquel tiempo no se comprendía que un niño fuera a propósito para las letras sin que se pensara luego en hacerle cura o por lo menos abogado.

“Desgraciada o felizmente, el padre de nuestro chico acabó con sus cortos recursos o perdió su colocación de mayordomo de hacienda y fue necesario

enviar por Jesús, que tuvo que seguir la triste carrera de estudiante destripado: Hoy dependiente de comercio, al otro día empleado en finca de campo y al siguiente curial del Juzgado de paz o secretario del Ayuntamiento.

“De todos esos destinos el que tocó a González Ortega fue el de curial, y asesorando al alcalde, que de seguro lo era algún tendero de posibles, sorprendió a nuestro hombre la revolución de Ayutla...

“Triunfó la revolución y Ortega cambió el puesto de secretario del Juzgado de paz de Santa María del Teul por el de secretario de la Jefatura Política de Tlaltenango, que servía un buen patriota y viejo soldado que se llamaba don Ignacio Méndez Mora”...

Sigue el relato sobre las alternativas de González Ortega en sus menesteres covachuelistas, cuando recibe el Jefe Político la consigna para hacer las elecciones de diputado local, y conociendo la habilidad de su secretario le encomienda la delicada a la par que sencilla misión, y resultó que “el rábula, como se dice con frase vulgar y gráfica, se comió el mandado, y en vez del politicastro provinciano que estaba previsto administrativamente, resultó diputado el propio don Jesús González Ortega”.

A esta habilidad, digna de aplauso por cuanto rompía la consigna electoral, aun cuando fuese en mínima parte, había que agregar según Salado Alvarez, su aplicación a “dos cosas, las únicas que amó en la vida, la poesía y las mujeres; pues a la gloria y a la libertad que también le atrajeron con su seuelo irresistible, se aficionó nomás porque eran dos mujeres”...

Sigue el narrador mencionando conquistas y reconquistas del valiente militar, poeta y escritor para explicar que “esta digresión o lo que se llame, no es ociosa, pues el tipo de estos chinacates amorosos y valientes lo fue González Ortega, de quien decían sus amigos que era el terror de los hombres y el encanto de las mujeres”...

Siendo Diputado González Ortega del Congreso de su Estado, Zacatecas, acreció la revuelta conservadora, que había adornado con lauros la cabeza fuerte y ágil de Miramón. De triunfo en triunfo estaba por llegar a Zacatecas, y en tal trance autoridades y vecindario se disponían a entrar en arreglos con el audaz reaccionario. En tales condiciones González Ortega se autonombra Gobernador del Estado y...

“Saliendo de Zacatecas empezó su carrera de administrador y de soldado, reuniendo hombres y dinero, decretando medidas extremas contra la reacción y luchando sin cesar por su credo. Y entonces se vio algo raro y que parecía como cuento: El pobre tinterillo, el hijo de un administrador de hacienda, el poetastro abundoso y lleno de verba, se convirtió en un genio de la guerra. Ignoraba lo que era el flanco derecho y el flanco izquierdo, y había obtenido contra el talento y la ciencia de Miramón la brillante victoria de Silao, en